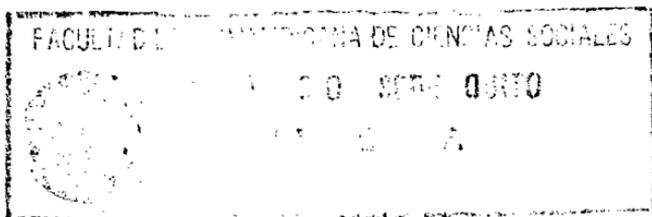


AMERICA LATINA: desarrollo y perspectivas democráticas

Susana Bruna — Daniel Camacho
Enzo Faletto — Juan Carlos Portantiero
Gonzalo Ramírez — Luis Verdesoto
César Verduga — René Zavaleta

Edición: Francisco Rojas Aravena



ediciones

FLACSO

colección 25 aniversario

San José, Costa Rica, 1982

Primera Edición:
Ediciones FLACSO
Diciembre de 1982

© Ediciones FLACSO

Este libro es editado por la Secretaría General de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO. Las opiniones que en los artículos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

321.4
A512a

América Latina, desarrollo y perspectivas democráticas / Susana Bruna (y otros). -- Ediciones FLACSO a cargo de Francisco Rojas Aravena. -- San José, C.R. : EUNED, 1982. 180p. (Colección 25 aniversario)

ISBN: 84-89401-00-4

1. América Latina - Política. 2. Democracia. 3. Ciencias sociales. 4. América Latina - Condiciones sociales.



Impreso en Costa Rica
en los Talleres Gráficos de la Editorial EUNED.
Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial.

Hecho el depósito de ley.

REG.

10-5174

CUT.

BIBLIOTECA - FLACSO

CONTENIDO

<i>PREÁMBULO</i>	7
<i>PRESENTACIÓN</i>	9
La Democracia en la Perspectiva del Desarrollo Latinoamericano en las últimas décadas del Siglo XX: Una visión desde la FLACSO GONZALO RAMÍREZ	13
Contra Hegemonía Nacional Popular y Especificidad Histórica Reflexiones. SUSANA BRUNA	23
En Torno a la "Dimensión Internacional" y la Cuestión Democracia en América Latina CÉSAR VERDUGA	39
Problemas de la Determinación Dependiente y la Forma Primordial RENÉ ZAVALA MERCADO	55
Algunos Problemas para la Construcción de un Orden Político Democrático JUAN CARLOS PORTANTIERO	85
Estilos Alternativos de Desarrollo y Opciones Políticas. Papel del Movimiento Popular ENZO FALETTI	101

Democracia y Centro Político en América Latina
LUIS VERDESOTO 147

Los Movimientos Populares en América Central y el Futuro de
América Latina
DANIEL CAMACHO 167

CONTRAHEGEMONIA
NACIONAL POPULAR
Y ESPECIFICIDAD
HISTORICA.
REFLEXIONES

Susana Bruna

AMERICA LATINA ACTUAL EN PERSPECTIVA

I. EL PROBLEMA EN LA DIMENSION INTERNACIONAL

Oponerse a la bipolarización maniquea (esto sin duda) pero también geopolítica del mundo: de allí y solo de allí podrían desprenderse las posiciones unitarias que hagan de América Latina un grupo tal vez hasta mayoritario de naciones que encuentren un tiempo y un espacio significativos (políticamente) con el conjunto llamado Tercer Mundo. Conjunto multidimensionalmente heterogéneo, cuya regularidad —digo regularidad y no generalidad— es el común estatuto histórico de países explotados(*).

Heterogeneidad no sólo entre los tres continentes, sino constatada también en el interior de cada uno de ellos: porque los africanos, después de N'Krouma, se dieron cuenta que no había "homogénéité africaine" y propusieron un desarrollo autocentrado o endógeno a cada país; porque también existía Argelia. Porque América Latina conoce su heterogeneidad simultáneamente con y a pesar de Bolívar, pero también con Martí y Mariátegui; porque viene a agregarse la reconsideración de lo indio o de lo africano —así es como Guillén en Cuba lanza lo afrocubano cuando corre ya el año 1933. Porque Asia no sólo era Mao, es también Ho Chiminh, aunque hace 40 años de Vietnam ni siquiera se hablaba, o Pol Pot; porque también es la India.

* Hayan sido colonias, sean semicolonias o sean colonias.

La heterogeneidad conocida y reconocida no elimina —al contrario— vuelve más nítida la regularidad, esto es, la inducida por el capitalismo europeo temprano y expansivo y posteriormente, sobre todo por Estados Unidos, la “ocupación económica” que realiza en la fase de imperialista. Vuelve más nítida la regularidad a condición de analizar esa unidad en la diversidad, para restituir las especificidades históricas que fundan la heterogeneidad.

Regularidad entonces —pero no homogeneidad— que permitiría construir un eje horizontal América Latina, África, Asia, un “Tercer Mundo” no disputable ni triturable por la tenaza de las dos potencias.

Si se acepta en cambio la bipolaridad, el orden bipolar establecido en Yalta, los tres continentes de Asia, África y América Latina no tienen más que alinearse. El desafío y la tarea son consecuentemente la negación de la bipolaridad y la construcción de una multipolaridad mundial. Creación de la multipolaridad que para la actual —larga— coyuntura de la disposición mundial del poder radica, desde este lado de la trinchera, en el poder de los recursos estratégicos y las materias primas (*). Poder que puede ser ejercitado y ejercido en las negociaciones multilaterales del diálogo Norte-Sur pero simultáneamente definido y aprovechado recíprocamente en el diálogo Sur-Sur o eje horizontal de alianzas. Poder real que puede vigorizar o germinar los procesos de descolonización, de liberación nacional y de construcción socialista.

II. EL PROBLEMA EN LA DIMENSION NACIONAL

Identidad cultural y construcción nacional

La conquista de las independencias, la búsqueda de la liberación nacional o de los proyectos socialistas —como lo prueban muchas experiencias de América Latina, África y Asia— transita por la reconquista de las historias particulares (o sea de las identidades culturales) y por la construcción del “hecho” nacional. Hablo de cultura o identidad cultural en el sentido amplio de movimiento de la colectividad que se busca

* La bauxita del Caribe y Zimbaue; el cadmio de El Salvador y México; el níquel de Guatemala que la convierte en tercera potencia; el petróleo de México, Venezuela, Medio Oriente; el cobre de Chile y Zambia, etc.

una expresión (no homogénea) y sus significaciones (no uniformes). Es por tanto, también, la capacidad de las masas populares de expresar una vocación de poder (oposición) contra la homogeneización creciente de los modos de vida y de los modos de producción. Es un proceso complejo de identidad que puede llegar a cuestionar la organización del poder de la sociedad que lo contiene y que tiene como actores históricos a las clases y sectores sociales. Ello nos conduce al fenómeno de lo nacional-popular y a la capacidad de una clase —y sus aliados— para construir una “voluntad colectiva nacional-popular” a través de esa “reforma intelectual y moral”, que, desde la perspectiva gramsciana, enriquece el concepto de hegemonía enfatizando la conquista necesaria y previa a la conquista del poder, de la sociedad civil y de la dirección política y cultural.

La identidad, como reflexión de la sociedad sobre sí misma, como auto pensamiento y explicitación, se relaciona o es parte constituyente de la construcción nacional (y es condición de toda afirmación de autonomía); ahora bien, la intervención determinante que el Estado asume en América Latina en la construcción de la nación es una dimensión objeto de vigilancia política constante, esto es de *crítica y transformación* si es o si se convierte —como lo hace hoy— en destrucción o amenaza a la vocación de poder de las masas populares que, participando en la hegemonía existente, a la vez construye o está produciendo su propia hegemonía o, por lo menos, hechos de contrahegemonía que apuntan a una divergencia entre lo nacional definido autoritariamente desde el Estado y lo nacional definido *desde y en* lo popular. Al fin y al cabo podemos estar de acuerdo que en América Latina el Estado —o por lo menos “desde arriba”— ha producido a la sociedad civil y, por extensión, a la propia nación, excepto el caso de Cuba donde, por diversas razones, la lucha independentista adquirió las características de un movimiento enraizado en las masas populares.

La construcción del fenómeno nacional, la construcción de cada pueblo-nación, como vertebrador de la *liberación-transformación* no puede ser sino lo nacional-popular, enfatizado en su vertiente innovadora y no reaccionaria.

Lo nacional-popular como binomio histórico: el *darse en* lo cultural (no homogéneo) y el *expresar* la constitución del pueblo-nación, puede llegar a su manifestación en una voluntad colectiva nacional-popular en la medida que vaya constituyen-

do su hegemonía (dominación + dirección). Y sólo en esa medida porque lo nacional-popular no es una visión monolítica contra-estatal ni solamente eso sino que expresa varias visiones del mundo sucesivas o simultáneas(*). Consecuentemente, esa voluntad nacional-popular se va produciendo en un terreno de tendencias a la ruptura y a la integración que ora continúa, ora rompe, ora transforma, ora preserva el tejido de las relaciones sociales que le dan origen y que, recíprocamente, origina.

Es ese tejido de las relaciones sociales, en sus contenidos de escisión frente al poder dominante, frente al Estado, ese “espíritu popular creativo”, realidad que la cultura hegemónica no logra absorber ni dominar enteramente, una de las dimensiones —de conservación es la otra— que permite el acercamiento a las especificidades históricas de los pueblos-naciones (**), que constituyen América Latina, si nos situamos en el eje de la *transformación social* cuyo proceso se da entre los parámetros implacables de la geopolítica.

Sobre el campo que cierra la noción de hegemonía como tarea de constitución y organización de las clases populares que, articulando comportamientos, experiencias y aprendizajes, les permita también tejer la red de instituciones en las cuales se desarrolle el proceso de transformación que culmine en la producción de un proyecto hegemónico, sindicatos, partidos clasistas y alianzas, son hilos de esa red. Hilos que dejarían unificar el momento de acción corporativa con el momento de la acción política: “no hay dos luchas distintas de la clase obrera, una económica y una política, hay *una sola* lucha de clase que al mismo tiempo va dirigida a limitar la explotación dentro de la sociedad burguesa y a suprimir esa explotación junto con la sociedad burguesa” (***).

Pero, precisamente, tratándose de aquella *red* de instituciones y de esta *una sola* lucha con objetivos simultáneos de optimización/ transformación de la sociedad

* Escribía Gramsci en junio de 1925: Existen en el conjunto de las masas trabajadoras varias y distintas voluntades: existe una voluntad comunista, una voluntad nacionalista, una voluntad reformista, una voluntad democrática-liberal (...) mientras subsista el régimen burgués (Gramsci explica sus características. S.B.) es inevitable que las masas permanezcan disgregadas, esto es, que tengan varias voluntades”. *Scritti Politici 1921-26*. Página 39. Editori Riuniti, Roma, 1973.

** Utilizo el término así por contraposición o no estrictamente referido a la concepción europeo-occidental de la segunda mitad del siglo XIX: el de Nación-Estado.

*** Rosa Luxemburg en “Huelga de masa, partido y sindicatos”, escrito en septiembre de 1905 contra los liberales, contra la huelga general de inspiración anarquista, contra el reformismo mecanicista. (*Scritti Politici*, Editori Riuniti p. 356. A cura di Lelio Basso. Roma, 1974.

que polémicamente planteaba Rosa Luxemburg, las clases subalternas van creando sus sindicatos, partidos, consejos, alianzas, frentes, y simultáneamente, utilizando las otras formas propiamente burguesas como el parlamento, las elecciones o las asambleas municipales, en fin, todas las vías jurídico-institucionales de ejercicio de la “cosa pública” en todos los casos de sociedades con un tiempo y un espacio democrático-burgueses más amplios.

Democracia y socialismo

Si queremos los procesos de cambio colocados en el camino a la transformación global, en las condiciones de América Latina actual, es imprescindible replantear la relación entre democracia y socialismo.

Si queremos un socialismo capaz de articular esos dos pasos históricamente contradictorios: la transformación de la democracia representativa y la creación de nuevas formas de democracia de base, esa articulación sólo puede hacerse a través del consentimiento activo y directo (ese movimiento continuo de abajo hacia arriba que implica una expansividad del consentimiento y que por tanto excluye toda relación represivo-burocrática, toda integración corporativa, toda limitación de la democracia a su sola cara jurídica) que se apoya sobre la “democracia de los productores”. Ello sin embargo, nos reenvía —cerrando un círculo lógico-histórico para algunos casos latinoamericanos— a una articulación entre transformación de la democracia representativa y la creación de nuevas formas de democracia. Esto, porque me parece que, si bien la “democracia de productores” en tanto democracia de base, funciona como principio crítico antiestatalista, no resuelve por sí sola la articulación de aquellos dos pasos históricamente contradictorios, ya que actúa *primordialmente* como motor para la creación de las nuevas formas de democracia de base, pero no toma *inmediatamente* a la democracia representativa como objeto de transformación —es una cuestión de énfasis analítico y práctico. Más bien plantea *simultáneamente* la “democracia de los ciudadanos” fundamento de la democracia representativa que habría que utilizar/ desenmascarar (la igualdad jurídica desenmascarada por la desigualdad de la riqueza), especificando sus límites, ampliándolos al máximo, hasta su agotamiento histórico en tanto campo de aprendizaje clasista de los sujetos históricos

que en él se producen. Ello es un proceso simultáneo, interpenetrado, ello es una estrategia de construcción de hegemonía contra la “racionalización capitalista por arriba” (Gramsci) o, en otros términos, una “guerra de posiciones” como forma de lucha de clases a todos los niveles de la sociedad. Una “anti-revolución pasiva” no sólo —aunque principalmente— enraizada en el “trabajador colectivo”, sino en el conjunto de los sujetos históricos de las clases populares; que parta, esta anti-revolución pasiva, de la sociedad toda y en todos los aparatos de hegemonía: fábrica, escuela, familia, comunidad, barrio, municipalidad, sindicato, partido, parlamento, y vaya al encuentro del camino inverso: desde la democracia representativa misma (y su capacidad de permanencia, porque al fin puede permanecer más por las exigencias de los trabajadores que del capital) puede generarse esa anti-revolución pasiva, por dentro y por la mediación de la representación de los partidos y las organizaciones populares. Equivale a la ruptura de la combinación-equilibrio entre el consentimiento y la fuerza, a la ruptura de la combinación entre uno y otra, más aún, “fuerza aparentemente apoyada en el consenso” (Gramsci) —que eso es la democracia parlamentaria— o sea, desenmascarar la representatividad de la democracia también en el propio teatro parlamentario; pero no eliminándola, sino fundándola en representaciones populares no ficticias, esto es, producidas en el proceso de ruptura de la separación entre lo económico, lo político y lo cultural, campo fructífero e irremplazable del aprendizaje *para la y de la* construcción hegemónica: sólo en el reconocimiento del antagonista los dominados pueden inventar su contra-dominación y recuperar su iniciativa histórica frente al Estado, para llegar a una “democracia de los productores” que puede ser el fundamento, mas no la única determinación, de una “democracia de los ciudadanos”.

Las especificidades históricas

Las anteriores reflexiones me parecen inderogables, pero establecen ciertas diferenciaciones en las formas de encarar ese “espíritu popular creativo” que la cultura hegemónica no puede absorber ni dominar enteramente. Es decir se relativizan respecto de la especificidad histórica de cada sociedad. Si pensamos en la relación democracia-socialismo, binomio histórico y recíprocamente necesario, y su contrapartida

dictatorial tal como se está desarrollando en los países del sur del continente (Chile, Argentina, Uruguay, en menor medida Bolivia) donde los beneficios que de la democracia se han logrado —en sentido capitalista— tuvieron una relativa permanencia y fructuosidad, se hace más nítida y necesaria la tarea de recuperación/creación de la democracia que *para este momento* se plantea *frente* al Estado autoritario. Pero enfrentar al Estado significa que la construcción democrática, en estas condiciones, es a la vez autónoma del Estado y antiestatal: volvemos pues al planteamiento inicial: la liberación transformación es lo nacional-popular encarnado, realizado, a través del proceso de búsqueda y constitución de la voluntad colectiva nacional-popular, de cuya composición la fracción proimperialista de la burguesía autóctona, que ha reducido violentamente los espacios económicos y políticos a sí misma, resulta un sujeto históricamente excluido. “Espíritu de escisión” que no disuelve la diferencia entre democracia y socialismo haciendo de la primera una práctica social abstracta y sin apellido, sino que la define en los términos de inescindibilidad respecto a un socialismo cuyos gérmenes son creados por las clases subalternas en el seno del propio capitalismo.

Los procesos histórico-sociales de Centroamérica y el Caribe, —con la excepción de Cuba y el proceso nicaraguense— cautivos en un estatuto más acentuado de subordinación económica, sumergidos en sociedades cuya creatividad social alternativa ha sido sometida a represiones duraderas, a dictaduras estabilizadas, viven o inventan una lucha de liberación de enfrentamiento más radical, en el terreno poco abonado de su sociedad civil, contra el Estado dictatorial. De modo que la relación entre democracia y socialismo allí se da como distancia mínima entre la primera, —porque es casi inexistente— y el segundo, —todo por construir— fenómeno que vuelve más urgente —como se observa— las luchas armadas contra las dictaduras, vanguardias alertas (frecuentemente guerrilleras), organizaciones políticas de amplio espectro que atenúen la disgregación político-ideológica de las masas y que lleven a término un costoso proceso de democratización popular que sin embargo no prescinde, ni puede hacerlo, de la revolución popular. Se trata de la lucha por una masificación de la acción política, y político-militar en un posterior momento, frente a la concentración y centralización del poder codificado o, en otros términos, frente a la

apropiación cada vez más restringida del ejercicio del poder estatal y político en general. Cuba inaugura el proceso; Nicaragua, El Salvador, Guatemala, lo continúan; Haití, Puerto Rico, Jamaica, tal vez lo cierren.

En cualquier caso, es necesario acentuar el análisis de las raíces profundas de la especificidad nacional-cultural, como unidad significativa inmediata, si nos situamos en el eje de la transformación social.

La vertiente nacionalitaria: reapropiación de lo nacional por lo popular

Con todo, si el tejido de las relaciones sociales tiene entre sus hilos, contenidos de escisión frente al poder dominante y al Estado y estos constituyen una de las dimensiones —de conservación es la otra— por las cuales acercarse a las especificidades históricas de los pueblos-naciones, aquí encontramos el punto de enlace con lo no específico. Esto es: que las especificidades históricas de las naciones latinoamericanas unifican su diversidad en el común estatuto histórico de países explotados por el “ordenamiento” capitalista en una fase agresivamente subordinante. El círculo lógico-histórico entonces se captura en lo común, se cualifica en lo específico y retorna a lo común, a la regularidad.

En otras palabras: la regularidad u homogeneidad de América Latina radica en su carácter de región geosocial, esto es, no sólo geográfica, y cuya base es una comunidad pasada y presente: en el contexto del sistema colonial primero y en el contexto del imperialismo después. En este último particularmente encontramos su común estatuto histórico de países explotados.

Primera cualificación del círculo entonces: la diversidad o heterogeneidad proviene de la relación peculiar de cada nación con el imperialismo, de la forma de inserción subordinada en el sistema económico mundial (dimensión exógeno-endógena).

Segunda cualificación del círculo: si las formaciones nacionales latinoamericanas constituyen parte de una misma estructura de relaciones de producción e intercambio en posición subordinada, y simultáneamente esa posición asume formas específicas para cada caso, las especificidades *vendrán*

determinadas por las modalidades de constitución del tejido social de cada formación social (dimensión endógeno-exógena) en cuatro dimensiones esenciales (*).

- La producción de la vida material en el interior de una geografía y ecología determinadas (que nos indican y cuantifican los recursos y potencialidades, incluido el factor demográfico). Es decir el modo de producción dominante y las combinaciones con otras formas de producción.
- La reproducción de la vida humana —i.e. todo el campo de la sexualidad— que se ubica en el cruce de la producción económica con el conjunto del poder —cum— cultura. Es decir la reproducción de la vida hoy mucho más permeada —como proceso— por las cambiantes imágenes de la condición humana, por los mensajes de los medios masivos de comunicación, por la ideología, la filosofía, la religión.
- El orden social o el poder y el Estado; particularmente el poder que manifiesta vigorosamente sus relaciones estructurales con la especificidad nacional-cultural: las diferentes realizaciones del socialismo (URSS, China, Cuba); el rol y lugar de las fuerzas armadas en el centro del poder político (Perú, Panamá, Argentina, Chile, Bolivia); las formas de aprendizaje contrahegemónico por los sectores populares (el populismo argentino, la experiencia chilena); los avatares del liberalismo en los países capitalistas occidentales; el imperialismo hegemónico norteamericano; etc., y
- Las relaciones con la dimensión temporal, que sitúa el análisis en la densidad máxima de la especificidad: es como el núcleo esencial del campo de la cultura y el pensamiento, puesto que se trata de la delicada red de construcción de las religiones y las filosofías.

No hay aquí por tanto atribución de fatalidad a la situación de explotación externa, ni atribución mesiánica a las potencialidades de las fuerzas internas. Se trata en cambio de

* Estoy siguiendo parcialmente el concepto desarrollado por A. Abdel-Malek en numerosos escritos y que denomina "pattern of societal maintenance"; particularmente en: "The concept of specificity: Positions". Universidad de las NN.UU. HSDRSCA-7/UNUP 105.

la relación históricamente variable entre la dimensión exógena y la dimensión endógena de la dialéctica social en un mundo en que los grandes centros de acumulación de los medios materiales, militares, y político-culturales, ejercen una influencia globalizadora *de facto* sobre las áreas bajo su control o en alianza con ellos. De allí que el "equilibrio" mundial del poder y la geopolítica, cualifican cualquier estrategia política y más aún, las estrategias de liberación nacional y de revolución social en las diferentes regiones del mundo.

Por consecuencia, la dimensión endógena de la dialéctica social, es decir, *la estructuración de las sociedades en clases y grupos sociales y la lucha entre ellos por la hegemonía interna*, está inscrita en el contexto exógeno de la misma dialéctica; no hay atribución de fatalidad a la condición histórica de países explotados, sino que la eficacia de la dimensión endógena debe ser coordinada con los dictados de la dimensión exógena.

Es así impensable el despliegue de procesos de transformación cualitativa, de ruptura de la explotación exógena, fuera de una política de alianzas o acuerdos entre las formaciones nacionales que buscan esa ruptura.

Retornamos pues al último momento del círculo, a través de los procesos y proyectos internos en su eficacia para la transformación, que podemos encontrar en la modalidad de constitución del tejido social en la dimensión del poder y el Estado y el poder social que puede desafiarlo: es decir los grupos socio-culturales autóctonos, endógenamente orientados y vertebrados por una identidad nacional-cultural que no recibe sus contenidos desde los dictados del Estado, de la clase que con él mejor se realiza o del centro imperial, sino *desde y en* lo popular, para recuperar el poder de decisión sobre la totalidad de la vida nacional.

Cuando las consecuencias de la penetración colonialista de un primer tiempo, sobreimpuesta en un fondo autóctono, se mezclan con la incorporación subordinada de América Latina al sistema capitalista mundial en un segundo tiempo, vendrá a generarse una combinación de varias formas de producción precapitalistas satelizadas por el modo de producción capitalista tendencialmente dominante.

Diferentes clases y fracciones de clase imputables a esa estructura económica componen un denso tejido social que complica la construcción nacional y los proyectos de hegemonía; son sociedades de escasa transparencia y

homogeneidad estructural que atomizan la diversidad cultural y preservan barreras ideológicas obstaculizadoras de la unidad nacional.

Si la heterogeneidad de la estructura clasista —reforzada por una desarticulación interna de la estructura productiva según la inserción diferencial de sus sectores en la economía mundial— dificulta la realización de la hegemonía burguesa en el interior de la sociedad, esa realización será sometida a una severa necesidad de acuerdos, coopciones y alianzas entre clases y fracciones dominantes y con sectores dominados.

Por otra parte, si los ritmos productivos, el tipo de producción, la movilidad de lo producido, en fin, el excedente de lo producido están condicionados por decisiones tecnológicas y políticas de las clases dominantes del centro hegemónico, encontramos aquí el dato objetivo para que la lucha por una acción contrahegemónica nacional tenga como *antagonista general al imperialismo* de modo que un proyecto de transformación social profunda implica una difícil redefinición con el ordenamiento económico mundial y con el imperialismo en particular. De aquí nace la importancia de las luchas de liberación nacional.

En esa ampliación del horizonte antagonista, esto es, los dictados del centro imperial —cum— agentes auctóctonos —cuestión que se da de manera diferente, es decir por la vía de la rivalidad expansionista, en el campo político de los capitalistas europeos en su período de formación las clases dominadas encuentran un fundamento político, ideológico y cultural para la *creatividad nacionalista* endógena o *creatividad nacional-popular*. Fundamento a doble vertiente: I) *la apropiación de las tareas nacionales* cuyo patrimonio pierde la burguesía autóctona enlazada subordinadamente con la hegemonía del centro imperialista; II) *la posibilidad de constituir una alianza amplia* —como estrategia de larga duración— incluso con fracciones de la burguesía interesadas en realizar o que realizan internamente sus capitales. Fracciones que sin estar en alianza directa con el capital extranjero tengan una voluntad de creación/preservación de los espacios productivos y de los espacios políticos nacionales.

De aquí puede nacer la versión progresista del nacionalismo, lo nacional-popular o la voluntad nacional endógenamente orientada.

Inversamente: las fracciones de las clases dominantes excluidas históricamente de las tareas democrático-burguesas

y nacionales pueden formar un frente unido “nacional” de negociación de sus intereses con el imperialismo, sin cambiar el orden estructural. Y ésta es la base económica del nacionalismo reaccionario qua ideología, qua política. Aquí ocurre que las tareas burguesas pertinentes a su propia revolución de clase, separan la integración a escala nacional del mercado —si es que se produce— y del sistema de producción de la nacionalización real de la política económica, de la movilización y de la participación social, cultural y política propias del ordenamiento democrático-burgués. Cuando han existido, se restringen los espacios democrático-burgueses y los actores que los utilizan.

Igual que las burguesías de Europa y Estados Unidos, las burguesías latinoamericanas *implican* los intereses nacionales y usan el Estado para realizar sus intereses. Pero si aquí la implicación de los intereses nacionales y el uso del Estado adquieren un carácter antinacional o nacional reaccionario y van contra la integración o unificación nacional (económica, territorial, política), ello ocurre porque la burguesía del capitalismo subordinado no puede realizarse como hegemónica y soldar su hegemonía de manera perdurable. Complementariamente, el Estado se convierte progresivamente en el motor de tareas propias a la revolución burguesa; en el mejor de los casos es su brazo público, pero en el peor de los casos —que es la mayoría— asume la tarea de construir autoritariamente —y parcialmente— la nación. No sólo; con el incentivo y la pedagogía militar norteamericanos (*), las clases privilegiadas latinoamericanas percibieron cabalmente que las fuerzas armadas podrían ser un estabilizador de la demanda democrática popular y, cuando ya fue imprescindible, un depositario/protagonista del poder autoritario.

El conocimiento de la difícil conciliación entre capitalismo subordinado y democracia burguesa, fortalece la apropiación de la institucionalidad por las fuerzas armadas. Consecuentemente se consolida un proceso de identificación entre autoritarismo, estabilidad y seguridad nacional.

Por la misma precariedad de la hegemonía burguesa —apoyada forzosamente en los aparatos represivos—, porque la dominación sobre la sociedad civil es más fuerte que la

* Oportuna calificación en palabras de Florestan Fernández: “Problemas de conceptualización de las clases sociales en América Latina” en *Las clases sociales en América Latina* preparado por el Instituto de Investigaciones Sociales, Univ. Nacional Autónoma de México, México 1973, Siglo XXI, Editores.

dirección de la misma, porque el Estado —más como Leviatán que como garante del pacto social— penetra e invade minuciosamente los poros de esa sociedad civil, las masas populares pueden expropiar la vocación de poder y pueden apropiarse de la verdadera “voluntad colectiva nacional-popular” en camino-de-constituirse-en-hegemónica.

Los contenidos de escisión frente al poder dominante y autoritario están en el tejido de las relaciones sociales, como gérmenes creados por las clases subalternas en el seno de ese capitalismo crecientemente internacionalizado, concentrador y excluyente. Gérmenes persistentemente sofocados que, a toda alternativa de construcción contrahegemónica, hacen necesaria una soldadura progresiva entre las clases dominadas contra un bloque solidario, altamente probable, de las clases dominantes.

Por ello es crucial en América Latina el problema de las alianzas tácticas y estratégicas, si pensamos en la transformación social, sea en su vertiente de liberación nacional, sea en su vertiente de revolución social.

